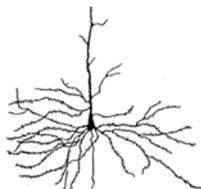


ALBERTO DE LA ROCHA

# LOS VERTEBRADOS

LXIV PREMIO DE NOVELA ATENEO  
CIUDAD DE VALLADOLID



algaida



La novela *Los vertebrados*, de Alberto de la Rocha, resultó ganadora del LXIV Premio de Novela Ateneo Ciudad de Valladolid, que fue convocado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valladolid.



Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua  
Imágenes de neuronas: © Parque de las Ciencias Andalucía-Granada  
(original depositado en el Instituto Cajal CSIC, Madrid).  
© de la fotografía: Martín, J.A. / Anaya

Primera edición: 2018

© Alberto de la Rocha, 2018  
© Algaida Editores, 2018  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9067-975-3  
Depósito legal: SE. 60-2018  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

1. Oro sublimado . . . . .	13
2. La furgoneta . . . . .	63
3. La colina de las ciencias . . . . .	157
4. Sin suelo . . . . .	285
5. El exprimidor . . . . .	375
Nota del autor . . . . .	387



*A Tania*



No es tanto la noche para que duerman los  
ignorantes cuanto para que velen los sabios.

GRACIÁN

Un azul profundo embriagaba mis ojos, unas  
impresiones de frescura, de luz deslumbrante  
se arremolinaban a mi lado.

PROUST

Acaso sea el postrer pensamiento el más  
luminoso y noble surgido de nuestra mente.

RAMÓN Y CAJAL



1

ORO SUBLIMADO



**A**L DÍA SIGUIENTE DE HABER ECHADO DE CASA AL hombre con el que había vivido ocho años (apenas dos horas después de haberle ella sido infiel por despecho con un profesor de Biología Molecular), Estefanía abrió unos centímetros la puerta de su piso y se quedó inmóvil para poder escuchar algún sonido proveniente del interior. Nada, solo percibió silencio. Empujó la hoja un poco más y volvió a prestar atención. En otra planta un televisor retransmitía a todo volumen un partido de baloncesto, los niños del matrimonio de arriba jugaban a tirar canicas contra el suelo, el agua de la cisterna de un baño descargó en la bajante y se perdió hacia los cimientos del edificio; pero en su piso nada ni nadie estaba produciendo ruido alguno. ¿Había Javier cumplido su palabra y se había marchado? Avanzó dos pasos y cerró la puerta tras de sí.

Le había dado de plazo hasta el mediodía para coger sus pertenencias imprescindibles, ya verían más adelante

cómo y cuándo se llevaría el resto de sus cosas. No obstante ella había decidido volver a la casa por la tarde, así no habría posibilidad de encontrárselo si tardaba más de la cuenta en realizar esa primera mudanza. A no ser que Javier, arrepentido de la docilidad con que había aceptado la ruptura, sin negar la acusación ni tratar de justificarse, sin demostrar más contrariedad que un leve fruncimiento de ceño, hubiera cambiado de opinión y no se hubiera movido de la casa, quizá ni siquiera del sofá en el que estaba sentado la noche anterior cuando ella salió de la ducha y, con el pelo mojado dejando un reguero de gotas sobre el parqué, se acercó a él y le espetó que sabía que le había sido infiel con otra mujer y que quería que se largara inmediatamente de *su* casa (la que durante ocho años había sido *nuestra* casa de pronto volvió a ser, en la iracunda voz de Estefanía, *mi* casa).

Por tercera vez entornó los ojos y entreabrió la boca, como si así su oído ganara en agudeza, y permaneció unos instantes sin moverse. Por debajo del ruido del televisor y de las canicas, el piso emitía el silencio cóncavo de los muebles deshabitados. Respiró dos veces y tiró de la correa de su mochila, que estaba prácticamente vacía, para dejarla en el suelo. Pero entonces en el hombro le estalló un latigazo de dolor que se difundió rabioso por sus clavículas; se mordió el labio para contener un gemido. Lo había olvidado. Al regresar anoche por el pasillo, sorprendida de su propia determinación y de la inexplicable mansedumbre de Javier, sus pies descalzos habían resbalado en las gotas de agua que ella misma había soltado y se había caído hacia delante, golpeándose el hombro izquier-

do contra la pared. Su albornoz no había terminado de deslizarse sobre el parqué cuando ya ella se apresuró a exclamar: «¡Estoy bien!», queriendo evitar a toda costa la absurda humillación de que Javier acudiese a ayudarla medio minuto después de que ella lo hubiera abandonado.

Una vez en el dormitorio, con el hombro ardiéndole y el pelo chorreándole por la espalda, no había sabido qué guardar en la mochila, qué iba a necesitar para pasar una noche fuera de casa. A decir verdad, ni siquiera había pensado adónde iba a acudir, a quién. Lo primero que metió fue el cargador del teléfono, quedarse sin batería era la urgencia que tenía más vivamente arraigada, pero después miró la gran boca abierta de la mochila y su mente no reaccionó ante ese vacío por llenar. Quizá permaneció quieta —se había confesado con vergüenza durante la noche de insomnio— para esperar a que Javier entrara en el dormitorio, la abrazara por detrás y le suplicara que no se fuera, que tenían que hablar, que aquello no podía acabar así. Pero no lo hizo. Probablemente ni siquiera se movió del sofá, las piernas apoyadas en la mesa baja y el enorme libro de Doisneau abierto sobre el regazo.

Fue en el descansillo, esperando a que llegara el ascensor, cuando se le ocurrió que recurriría a su amiga Sandra para que la acogiera aquella noche. Más de una madrugada, después de salir con el grupo de amigas, se había quedado a dormir en su casa para no cruzar todo Madrid en taxi, bebida, tan tarde. No pondría ningún reparo, incluso aunque su hijo estuviera aquel fin de semana con ella y no con el padre, del que estaba separada. La llamó en la calle. Por supuesto que podía ir a su casa, fal-

taría más; no, Daniel no le tocaba a ella este fin de semana, pero eso habría dado lo mismo, mujer. Sandra incluso se ofreció a ir a recogerla con su coche si no estaba en condiciones de conducir. No era necesario, gracias, se encontraba bien: había sido ella la que había dejado a Javier y no al revés.

Cinco chupitos de tequila después, cuando abrió la mochila para acostarse en la habitación que Sandra le había preparado, se dio cuenta de que había hecho un equipaje ridículo: encima del cargador del teléfono había echado su camiseta de salir a correr, tres pares de calcetines y la bolsa de aseo, que contenía solamente una botellita de champú de hotel y un desodorante. Su amiga tuvo que dejarle un pijama, un cepillo de dientes y, por la mañana, unas bragas demasiado grandes. (Se guardó mucho de decirle nada: las bragas le iban perfectas, *como si fueran mías*. Siempre había que tener tacto con el complejo de Sandra con su peso.)

A Sandra le había contado la infidelidad de Javier (no le dio ningún detalle porque no los conocía, todo había partido de las sospechas de su asistenta: un perfume de mujer flotando en el aire), pero no le había contado su propia infidelidad con el profesor de Biología Molecular, que había tenido lugar aquella misma tarde, tres horas antes. Se podría decir que el hecho no era memoria todavía y existía como rastro en su cuerpo: la hinchazón de la lengua donde él la había mordido, el tenue enrojecimiento del muslo que no había podido eliminar en la ducha. Tampoco le contó a Sandra, por lo tanto, que se había acostado con el profesor para vengarse por la infidelidad

de Javier, y que fue al regresar de su cita y después de ducharse cuando comprendió que tenía que echar a Javier de su casa. Estuvo a punto de contárselo tras el tercer chupito de tequila, incluso ideó la forma de narrar el polvo —porque había sido eso: un polvo en los servicios de una cafetería-librería—, pero recordó que mencionar al profesor le habría obligado a explicar de qué lo conocía, le habría obligado a hablarle del manuscrito.

Estefanía se pellizcó el pantalón por delante y por un costado hasta acomodarse mejor las bragas, que tendían a torcérselo sobre las caderas. La adrenalina que su organismo había segregado ante la posibilidad de que Javier no se hubiera marchado empezaba a perder efecto y notó cómo crecía en su nuca una burbuja de dolor, producto de la resaca del tequila y de la noche en vela. Iba menguando por momentos su valentía para enfrentarse al nuevo estado de su piso, sin los objetos personales que Javier se hubiera llevado aquella mañana.

Si no detenía pronto el dolor de cabeza, ya no podría librarse de él en toda la tarde, así que decidió adentrarse por fin en su casa. Cogió la mochila y se dirigió a la cocina en busca de un comprimido de paracetamol. Sin embargo, en mitad del pasillo, se quedó súbitamente clavada cuando su nariz captó la colonia de Javier. ¿Estaba en el piso? Luego se lo negaría a sí misma, pero aquel indicio de la presencia de Javier le alentó el irreprimible deseo de que no se hubiera marchado como ella le exigió y que aún estuviera allí, acaso sentado en el sofá donde lo dejó (en un completo silencio, oyendo igual que ella el partido de baloncesto en el televisor de los vecinos y el torrente

de las canicas repiqueteando sobre sus cabezas). La colonia agujoneó su esperanza narcisista de que Javier le confesara descompuesto que no podía vivir sin ella, que había sido un imperdonable error liarse con aquella mujer (Estefanía ignoraba su identidad), pero que aun así le pedía perdón, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que lo perdonara. Entonces ella le aconsejaría con desgana que no se pusiera en evidencia, todo había acabado para siempre, ya no le importaba lo de aquella mujer, porque además, ¿sabía qué?, ella también le había sido infiel, claro que sí, ayer mismo, qué más daban los pormenores.

Con un ansia contradictoria, que perseguía a la vez la confirmación y el desmentido, Estefanía se llenó los pulmones con aquel aire que contenía partículas de su colonia y cerró involuntariamente los ojos. Vio el torso desnudo de Javier delante del espejo del baño, afeitándose antes de la ducha; notó en su mejilla el tacto suave de su abrigo de paño inglés, cuando ella se agarraba a su brazo por la calle, volviendo en invierno de alguna cena con amigos, un poco borrachos y excitados; se acordó del estampado de su vieja camisa de cuadros rojos pasada de moda, la que se ponía cuando tenía que hacerle algo al coche y que ella intransigentemente le obligó a tirar. Traicionada por estos sentimientos que la colonia había incitado, Estefanía abrió los ojos y gritó con todas sus fuerzas: «¡¡Javi!!». Su propia voz le saturó los oídos y el eco se prolongó varios segundos. Después concluyó, diciéndolo en alto, no supo si aliviada o desalentada: «Se ha ido, se ha ido».

Con una amarga ironía que permitió que la invadiera, recordó que había sido también un perfume, femeni-

no en este caso, el que había iniciado la cadena de sucesos que terminaba con aquel recorrido temeroso por su piso en silencio, vaciado de las cosas de Javier. Un simple olor: algo tan intangible y dudoso como manifiesto si se está seguro. El problema era que no había sido ella la que lo había detectado, sino Romana, la asistenta que hacía las labores de su casa, y en consecuencia tenía que fiarse de ella. Estefanía se encontraba fuera aquellos días, en un congreso editorial, y alguna mujer había dejado un rastro de perfume en el interior de *su* casa. ¿Era ese dato menos elocuente, acusador, probatorio, que una mancha de carmín en una camisa o que un arañazo en la espalda o que un cabello de otro color sobre la tela de la almohada?

Llegó a la cocina. Encendió los fluorescentes, que parpadearon hasta quedar prendidos, y depositó la liviana mochila sobre la encimera. Abrió el armario donde estaban los medicamentos. Con un gran vaso de agua que también le calmó la sed de la resaca, se tragó el paracetamol. Fue hacia el salón secándose los labios con la manga de la chaqueta.

En un primer vistazo no halló ni un solo cambio, ni una diferencia. El salón estaba igual que la tarde anterior, solo faltaba Javier sentado en el sofá. De hecho, el libro de fotografías de Doisneau seguía abierto sobre la mesa baja. En sus páginas aparecía la cabeza de una sucia estatua de París cubierta por una bandada de palomas. Esta normalidad le provocó un brote de alegría que cuestionaba su fortaleza: había temido que los cambios la afectaran y, al no existir, se había alegrado, poniendo de manifiesto una deshonrosa debilidad. ¿Por qué, si había sido ella la que había

abandonado a Javier y no al revés? Y su debilidad quedó ratificada justo después, cuando empezó a percibir los pequeños cambios y en el pecho se le formó un nudo de llanto. Tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla. ¿Por qué?

No era más que una mínima distorsión, un desplazamiento, como si un terremoto de poca magnitud hubiera sacudido el salón, sin demoler las paredes pero alterando los objetos. Todos los elementos del mueble modular estaban movidos: los libros sacados o metidos unos centímetros, las figuritas agrupadas o separadas más de la cuenta, el reloj de bronce girado noventa grados, las fotografías mirando hacia los rincones... No estaba el equipo de música, se lo había llevado; ni la estación meteorológica, misteriosamente; y faltaban los libros de arquitectura de Javier, ni siquiera todos, los más grandes. Al haber desaparecido los altavoces del equipo, el bonsái de naranjo descansaba ahora en el suelo, raquítico y desamparado, y la lámpara ambiental de colores había sido puesta sobre una silla, creando una imagen de provisionalidad que hizo ascender el nudo de emoción hasta su garganta. ¿Por qué se ha llevado la estación meteorológica?, se preguntó Estefanía, agraviada además por la incompreensión.

En el dormitorio, el terremoto había golpeado con más intensidad. Si en el salón le había afectado la aleatoriedad, lo incompreensible del criterio, aquí le hizo daño la indudable pretensión de castigo. El armario estaba abierto y también todos los cajones de la cómoda y de las dos mesillas. En el suelo estaba tirado un pantalón vaquero muy gastado y encima unas zapatillas viejas, que transmitían el mensaje de que eran cosas desdeñadas, poco menos

que basura. Los objetos que había sobre la cómoda estaban pegados a la pared, como si hubieran sido barridos por un brazo. Pero el detalle que le hizo sentarse en la cama y taparse la cara con las manos fue una bufanda. Estaba pillada por la puerta del armario y colgaba lacia como un brazo muerto. Era la bufanda que ella le regaló las últimas navidades. De repente no recordó habérsela visto nunca puesta, ni una sola vez, y dedujo en ese momento que no le había gustado, que la despreciaba, y ahora se lo hacía saber maltratándola de ese modo.

Le iba a resultar imposible no llorar, de desconcierto y de humillación, herida hondamente en su amor propio (¡ella lo había abandonado!, ¡ella!). Los lagrimales le escocían y el pecho se le contraía con espasmos. ¿Por qué? Pero raudamente una idea cauterizó su llanto: ¿Y el manuscrito? ¿Se habría llevado Javier el manuscrito?

Se levantó de un salto y tuvo que reprimirse para no correr hasta el despacho. No tenía mucho sentido que Javier se lo hubiera llevado, ¿qué iba a hacer con él? Pero también era cierto que, en su venganza por haber sido abandonado, se le podía haber pasado por la cabeza coger el manuscrito, aunque solo fuera para hacerla sufrir o quizá llevar a cabo algún tipo de chantaje. Javier era la única persona a la que había hablado del manuscrito (no a su familia, ni a sus amigas, ni siquiera a su socia de la editorial), y ahora se arrepentía. A su asistente le había pedido, el día en que le pagó una irrisoria cantidad por él, que no lo fuera comentando por ahí, que la gente era muy cotilla y envidiosa. Todavía sentía una punzada de piedad cuando recordaba el rostro serio de Romana jurándole guardar

silencio, agradecida hasta el patetismo por aquellos míseros trescientos euros (se cruzó dos dedos sobre la boca y los besó con fervor). Claro que, por ese mismo agradecimiento, sintiéndose en deuda, su asistenta le había confesado lo del maldito perfume de la otra mujer en *su* casa.

En su despacho, la luz tostada de octubre se reflejaba en la mesa de cristal y al entrar le incidió en los ojos. Pestañeó varias veces deslumbrada y se apretó los párpados con un nudillo, pero la reverberación luminosa persistía en su visión incluso con los ojos cerrados. Arrastró una silla hasta la base de la librería y se subió a ella sin descalzarse. Del último estante fue quitando libros de Bolzano, su editorial, agarrándolos en bloques de cinco o seis. Poco a poco fue apareciendo una caja roja de cartón con cantoneras de metal. Apartó los últimos libros, colocándolos sobre el estante inferior, y sopesó la caja: el manuscrito se encontraba dentro. Levantó la tapa con una uña y captó de inmediato el olor avainillado del polvoriento papel. ¿Y si le echaba una ojeada?

Tenía ya la caja entre las manos cuando el teléfono le empezó a vibrar en el bolsillo. Las rodillas le flaquearon por el susto, acrecentado por la debilidad sentimental, y tuvo que apoyarse en la estantería con el codo. El peligro de caerse fue grande durante varios segundos. Después sintió miedo al pensar en quién la estaba llamando. ¿Y si era Javier? Aunque diez minutos antes se había creído con fuerzas para tratarlo con una displicente calma, ahora no estaba segura de si podría siquiera contener el llanto (la bufanda pillada por la puerta del armario). Devolvió la caja a su sitio y se metió la mano en el bolsillo ajustado del

pantalón. También podía ser Sandra, que había quedado en llamarla para confirmar la reunión del grupo de amigas.

Sin embargo no era ninguno de los dos. Cuando consiguió sacar el teléfono, en la pantalla pudo ver al autor de la llamada: *Fabio Biología*. El que faltaba. La inestabilidad volvió a su cuerpo, pero logró asirse a un travesaño de la librería. Se le ocurrió, en un razonamiento ilógico que le provocó una aterradora vulnerabilidad, que el profesor de Biología Molecular de alguna manera la había estado observando y la había llamado justo cuando ella cogía el manuscrito. No tenía por qué contestar, se dijo, estaba en su derecho de no contestar. El corazón le palpitó dentro del estómago hasta que el teléfono dejó de vibrar.

La piel se le erizó (de pronto notó el roce desacostumbrado de las bragas de Sandra en el pubis) al recordar el mordisco que Fabio le dio en la lengua cuando la metió de un empujón en la cabina del baño de mujeres; sus dedos fríos hurgando dentro de la falda, buscando el borde de los pantis, arañándole el muslo al bajárselos; el olor a café en su saliva, que se le había quedado impregnado a ella en el cuello y que se frotó en la ducha con la esponja exfoliante hasta hacerse daño.

Aún en la palma de su mano, el teléfono volvió a sonar y Estefanía no pudo evitar soltar un grito, al que le siguió una palabrota. El concepto que tenía de sí misma se desmoronaba por momentos. Pero, por suerte, ahora sí era Sandra quien llamaba. Deslizó el dedo por la pantalla para descolgar y sin pegarse el aparato a la oreja dijo: «Espera un segundo, Sandra». Se bajó de la silla y se sentó en su sillón giratorio, frente al ordenador apagado.

—¡Hola! Perdona, estaba terminando de escribir un correo —mintió.

—¿Estás bien? —preguntó su amiga con tono inquieto.

—Sí, sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—¿Se ha ido Javi de la casa?

—Claro.

—¿Y se ha llevado sus cosas?

—Bueno, algunas... —respondió Estefanía, la voz descendiendo bruscamente, a punto de traicionarla. Carraspeó—. Espero que no tarde mucho en llevarse el resto, porque como me canse va todo a la basura. Esto no es un guardamuebles. ¡Mi casa no es un guardamuebles!

—Mujer, tampoco es eso... —intentó Sandra aplacar su exaltación. Después mencionó el tema por el que la había llamado—: Ya he hablado con las chicas. Ainhoa tiene un partido de pádel bastante tarde pero estará lista para la noche. Y Gema también, aunque no creo que se quede demasiado tiempo. En cuanto se aleja de sus hijas se desespera, como si les fuera a suceder cualquier cosa. Aunque sabiendo cómo es Carlos, todo es posible. Supongo que no te apetecerá salir, y menos después de no haber dormido, pero como te he dicho que te llamaría de todos modos...

—¿Pues sabes qué? ¡Que sí voy a ir! —exclamó Estefanía, enardecida por una emoción cuyo origen no controlaba—. Lo mejor para tratar una resaca es seguir bebiendo. ¿O no?

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Vale. Hemos quedado en el asturiano para cenar algo. A las nueve. Ainhoa llegará un poco más tarde.

—Perfecto. Pues allí nos vemos, Sandrita.

—Chao.

Colgó el teléfono y se echó para atrás en el sillón, accionando el cómodo sistema hidráulico del respaldo. En su nuca notaba un zumbido, pero no era el dolor de cabeza, pues el analgésico estaba haciendo su efecto, era más bien el retroceso del impulso que la había llevado a sumarse a la reunión de sus amigas a pesar de su agotamiento. ¿Por qué lo había hecho? Porque tras una ruptura es normal querer salir por las noches, emborracharse, conocer a gente nueva, se dijo, negociando con su autoestima. ¿Había algo de malo en ello? ¿Tenía que pedir permiso a alguien?

Seguía teniendo sed y se levantó para volver a la cocina. Después colocaría el manuscrito en su sitio, escondido detrás de los libros. Observó cómo su sombra discurría por el suelo, reptando por la madera del parque como un humo a la vez fiel y caprichoso. Pero cuando la sombra salió al pasillo, Estefanía no pudo ir tras ella, sus pies se paralizaron antes de cruzar el umbral. Una violenta angustia ante la idea de recorrer su piso la dominó por completo, y sobre la angustia cayó la innegable conciencia de su debilidad: le daba miedo quedarse sola en su casa, en la casa sin Javier. Esta era la verdadera razón por la que había decidido salir aquella noche.

Con el alcohol de cuatro gin-tonics llegando al cenit en su cabeza, a Estefanía no le había sido nada fácil mantener el

equilibrio mientras orinaba en los servicios del bar de copas sin tocar la taza del inodoro. Había tenido que buscar otro punto de apoyo pegando la frente al tambor de acero inoxidable del papel higiénico. Pero ahora eran las bragas prestadas por Sandra las que ponían en evidencia su embriaguez. Se las subía desde las pantorrillas sin problema alguno, incluso con una sola mano en un alarde de destreza, pero cuando las tenía que soltar un segundo para erigirse, las bragas se le escurrían de nuevo pierna abajo, demasiado grandes para sus muslos más delgados. Fue a la cuarta o a la quinta vez, acuciada por los golpes en la puerta de la cabina, cuando resolvió juntar las rodillas para que las bragas permanecieran a su alcance y poder culminar la maniobra. Completó la operación —con una euforia que rebajó por modestia— subiéndose los pantalones vaqueros, que eran lo suficientemente ajustados para que no le ocasionaran el mismo contratiempo.

Cuando abrió la puerta de la cabina, las dos chicas que esperaban su turno miraban el suelo con circunspección, una fingiendo no haber sido la que había dado los golpes y la otra temiendo ser acusada de ello. Estefanía, para justificar su tardanza, se pellizcó la nariz con dos dedos mientras aspiraba con fuerza: prefirió ser tomada por drogadicta antes que por inepta borracha.

Para ir al punto de la barra en el que estaban sus tres amigas, optó por rodear las columnas con espejo que dividían el local, así evitaba al tipo con el que había estado hablando durante la última media hora. Se llamaba Alberto o quizá Roberto; no era nada feo y estaba bastante musculado (Ainhoa había aventurado con optimismo que

sería bombero, pero era funcionario de una oficina de empleo, aunque apasionado de la bicicleta de montaña, eso sí); tendría algún año menos que ella, tal vez treinta y muchos; su conversación resultaba bastante amena, dado el nivel etílico, y era de agradecer que no lanzara pompitas de saliva al hablar a gritos por la música. Sin embargo, Estefanía no podía dejar de mirar los brillitos que emitía la piel de su frente. Nunca había soportado el cutis graso en un hombre, le producía una repulsión levísima, casi insignificante, pero era la clase de detalles que a la larga siempre se convierten en la agravante de defectos mayores y terminan de decantar la balanza, como las uñas mordidas, unos pies feos, los puntos negros en la nariz (aunque esto se debía también a la piel grasa) o la manía de crujirse los nudillos. Roberto sin duda la iba a ver cuando se reincorporara al grupo de sus amigas, pero entendería el mensaje de desertión o al menos no tendría valor suficiente para acercarse otra vez a ella.

Mientras se abría paso entre la gente, dando empujones y luego pidiendo perdón, tuvo una revelación alcohólica, una de esas certidumbres a las que solo se llega con la mente simplificada y directa que propicia la bebida. Llevaba toda la noche preguntándose qué la diferenciaba a ella o a cualquiera de sus amigas de aquellas veinteañeras que bailaban en el bar. Las señales en los rostros, que serían patentes a la luz del día —arrugas, mejillas más grávidas, pliegues en el cuello—, no se veían con aquella tenue iluminación de colores y con los aguerridos maquillajes. Y la expresión de jovialidad era idéntica, proporcionada por la ebriedad y el paroxismo de la música. Enton-

ces, ¿por qué no había posibilidad alguna de confusión?, ¿por qué la frontera era tan nítida e impermeable? La causa se le reveló al topar con su propia cara en el espejo de una de las columnas: los *piercings* y los tatuajes. ¡Eso era!

La moda que había arrastrado a casi toda la juventud urbana las había cogido a ellas, a Estefanía y a sus amigas, al inicio de un matrimonio o teniendo el primer hijo, demasiado tarde para sumarse a la corriente. Y salvo algún extemporáneo aspaviento juvenil (Ainhoa tenía tatuada una salamandra en un tobillo y un sol al final de la espalda), la generación que rondaba los cuarenta estaba libre de tatuajes y apenas llevaba *piercings*, a lo sumo uno discreto en la aleta de la nariz o en el ombligo. De modo que ambos elementos servían como preciso indicador de la edad, tan infalible para los antropólogos del futuro como el carbono-14.

A Estefanía le horrorizaban particularmente los tupidos tatuajes que cubrían todo el brazo hasta la muñeca, como la manga ceñida de una camiseta estampada. Con el tono admonitorio de una madre pesada, se descubría argumentando con aquellos chicos sobre su nefasta decisión: ¿pero no has pensado que cuando tengas setenta años y seas abuelo seguirás teniendo en el brazo esos mismos dibujos que te harán vomitar de aburrimiento?, ¿que cuando pases de los cuarenta y cinco y tu fisonomía se amargue por la vida tendrás sin remedio el aspecto de un expresidiario? Pero no, razonaba Estefanía a continuación, la estadística siempre está a favor de la mayoría: cuando aquellos chicos tuvieran setenta años, todos los abuelos del parque pasarían a sus nietos luciendo desvaídos tatuajes en sus brazos; lo extraordinario será no tenerlos.

El *piercing* que se había propagado con más éxito en los últimos tiempos era un aro abierto, con bolitas en sus extremos, que atravesaba la ternilla de la nariz, una especie de argolla de búfalo en miniatura. Si bien al principio había sido privativo de los chicos gays, ya había saltado la barrera de la orientación sexual y cundía sin restricción alguna. (Había una salvaje variante bucodental que se ensartaba en la carne de la encía, justo encima de los incisivos.) De todos modos, dada su reversibilidad, Estefanía le ponía menos reparos a los *piercings* que a los tatuajes.

Cuando llegó a la barra vio que sus amigas se habían disgregado. Por una parte, Gema y Ainhoa charlaban entre ellas. Supo por los ojos escandalizados de Gema, y por la manera compulsiva con que mordía la paja de su mojito, que Ainhoa le estaba contando rocambolescas historias de cama de sus ligues de internet, sin escatimar en pormenores ni en licencias creativas. Sandra se había alejado un poco y escuchaba con las cejas arqueadas a un tipo gordito con camiseta de superhéroe de cómic que gesticulaba enfáticamente.

Al ver a Estefanía, Sandra sonrió con entusiasmo y realizó una ligera rotación para señalarle un hueco en el lado opuesto al del gordito. Cuando Estefanía lo ocupó, Sandra giró sobre sus pies y se quitó de encima al muchacho, quien apenas entendió lo que había pasado, la boca entreabierta y el brazo paralizado en un vago saludo nazi.

—¿Por qué permite Dios que existan los informáticos? —fue lo primero que le dijo Sandra, ya las dos frente a frente, excluido el gordito.

—¿Era informático?

—De nacimiento. Me estaba hablando de dados de veinte caras. Icosaedros, dodecaedros, yo qué sé...

—Ah, sí. Los usan para decidir si se masturban con la derecha o con la izquierda.

—Oye, ¿y el bombero? ¿Alberto se llamaba?

—O Roberto, no sé. Muy majo.

—¿Y?

—Bah.

—Entiendo.

Con cara de confusión, haciendo memoria, Estefanía se preguntó dónde estaba su copa. No recordaba si se la había dejado al falso bombero al ir al servicio para darle esquinazo o si se la había terminado. Antes de hallar una respuesta, Sandra le alargó su bebida y le dijo:

—¿Quieres un poco del mío o te pido otro?

—Voy a esperar —contestó, aceptando el gin-tonic de su amiga.

Le dio un trago corto, cerrando los ojos, y sintió una cálida y poderosa oleada de placer fundiendo todos los músculos de su cuerpo. Estaba en ese punto de la borrachera en el que sus terminaciones nerviosas convertían cualquier estímulo en un golpe de dolor envuelto en una dulce cápsula de analgesia. Sus pensamientos fluían desvergonzados y promiscuos, engendrando asociaciones disparatadas e imágenes barrocas. En mitad de este mórbido caos, afloró una límpida cuestión que no pudo reprimir, salió de sus labios antes de pasar por una instancia censora de su cerebro:

—¡Ni siquiera se movió, tía! —le gritó a su amiga devolviéndole desmañadamente la copa.

—¿Qué? —exclamó Sandra, que cogió la bebida de milagro antes de que Estefanía la soltara.

—Javi. Del sillón. No se movió —enunció Estefanía parte por parte. Y resopló de impaciencia al tener que explicar—: ¡Ayer! Cuando le dije que le dejaba.

—Ah, vale.

—No pronunció ni una palabra. Le dije que sabía que me había puesto los cuernos y él no lo negó. Pero tampoco me dio a entender que fuera verdad. Nada, no hizo nada, ni siquiera se movió.

Sandra tuvo que esforzarse para retornar al papel de amiga comprensiva y consoladora. Bebió un trago y acercó la boca al oído de su amiga:

—Pero tú estás segura, ¿no? Te fías de tu asistenta.

—¡Sí, sí! Romana no me mentiría por nada del mundo. Todavía me está devolviendo el dinero que le presté para que su marido se comprara la furgoneta. Me está agradecidísima y no me mentiría. Pero... ¿y si se equivocó? ¿Y si no olía a perfume de mujer en la entrada de mi casa y se lo imaginó? ¿Y si minutos antes había venido una vecina a pedir algo o una comercial de una compañía de internet? Fue un simple perfume que Romana creyó oler mientras yo estaba en aquel congreso. ¿Y si Javi no me ha puesto los cuernos?

Esta era la pregunta que podía formularle a su amiga, a quien no había contado todos los detalles del asunto, pero en su interior le ardía otra mucho más desasosegante: ¿Y si se había follado al profesor de Biología Molecular por nada?

—Pero si no te hubiera puesto los cuernos, no se habría quedado callado. Es absurdo. Ni siquiera se mo-

lestó en negarlo, se comportó con chulería. El que calla otorga, tía.

—Sí, pero... Ya sabes cómo es Javi a veces. Tan reservado como una puta tumba, joder.

—Nada. No le des más vueltas. Y, pensándolo un poco, casi es peor si no te puso los cuernos.

—¿Cómo peor?

—Sí. Imagínate: no te puso los cuernos y tú le acusas y él no dice nada. Eso significaría que el cabrón no sabía cómo acabar con lo vuestro y le vino de puta madre tu acusación. Le ahorraste el trabajo sucio de dejarte, le diste la excusa perfecta. Llevaba meses pensándolo y no se decidía. Dejar a alguien también es muy difícil.

—Mierda... No se me había ocurrido.

—No hizo nada por retenerte, por lo tanto no quería seguir contigo. Y eso, depende de cómo se mire, quizá es peor. No digo que haya sido así, ¿eh? Yo no sé nada. Pero me parece bastante claro que lo vuestro estaba acabado, hace tiempo, tanto si te puso los cuernos como si no. Su reacción cuando le acusaste, su falta de reacción, es una prueba irrefutable.

El implacable razonamiento de Sandra se le subió a Estefanía a la cabeza como otro gin-tonic bebido demasiado aprisa. Las diferentes premisas se retorcían detrás de sus ojos y no le ofrecían ningún resultado, solo expulsaban un líquido negro, como tinta de calamar, que lo enturbiaba todo. Ahora ya no era capaz de deducir si el sucio polvo en los servicios había tenido algún sentido, aunque una intuición refleja —el instinto de veracidad de los borrachos— le decía que no, que se lo podía haber ahorrado.

Dentro del terremoto de la música, hecho de agudos que restallaban como tímpanos de cristal y de graves que despertaban una sutil náusea en el estómago, Estefanía sintió un núcleo distinto de agitación, que le subía desde la pierna y le hacía cosquillas en el vientre. Tardó varios segundos en darse cuenta de que el móvil le vibraba en el bolsillo. Con los dedos fue empujando el bulto por fuera del ajustado pantalón hasta que lo sacó. La pantalla alumbró desde abajo su rostro: en ella parpadeaban las palabras *Fabio Biología*. Un escalofrío ralentizado por el alcohol fue pulsando cada una de sus vértebras hasta llegar al cráneo. Como le había sucedido por la tarde, tuvo la sensación paranoica de que la vigilaban, de que cada vez que se acercaba al manuscrito o pensaba en el profesor, este marcaba su número de teléfono. ¿Y qué querría a esas horas de la madrugada?

Sandra advirtió su pánico y le preguntó:

—¿Es él? ¿Es Javi?

Lo primero que le vino a los labios fue la verdad, más veloz que cualquier cálculo o conveniencia:

—No.

Pero al instante comprendió que eso implicaba que otra persona distinta a su ex y con poder para perturbarla la estaba telefoneando a las tres de la madrugada. Rectificó:

—Sí.

Pero esta otra contestación daba a entender que Javier, a quien ella había abandonado —¡ella y no al revés!—, se creía con derecho a aquella llamada y encima provocaba que se contradijera patéticamente. Por lo tanto rectificó una vez más:

—No.

Aunque Estefanía lo vivió como a cámara lenta, lo cierto es que Sandra, tras realizar su sencilla pregunta, presencié cómo su amiga contestaba sucesivamente y en menos de tres segundos: *No, sí, no*.

El teléfono estuvo vibrando en la mano de Estefanía durante mucho tiempo, seguramente el profesor agotó los tonos. Después la intensidad de la pantalla se rebajó y en una esquina apareció la notificación de la llamada perdida. Lo devolvió al bolsillo y al levantar la vista no consiguió evitar el rostro de su amiga. Se miraron, Sandra con las cejas arqueadas y Estefanía oscilando sobre sus pies.

Fue un alivio para ambas la irrupción de Ainhoa. Se metió entre ellas y les pasó los brazos alrededor de los hombros. Estaba muy borracha también. En esas condiciones, Ainhoa tendía a alardear de su populosa vida íntima y, un momento después, confesaba deprimida su fracaso sentimental, sin que pareciera percatarse de que una cosa era consecuencia de la otra.

—¡Chicas! Estoy a punto de convencer a Gema de que haga un trío. Aunque no conmigo, debo aclarar. Es exactamente lo que su matrimonio necesita. ¿O no?

—Sí —dijo Sandra—. Eso, y terminar de pagar la hipoteca.

—Eres una triste, Sandrita. Te tengo que presentar a algún amigo. Recuérdamelo mañana. A Estefi no le digo nada, porque ya tiene a uno a punto de caramelo. ¿Cier-to? —le preguntó a Estefanía, sacudiéndola con el brazo.

—¿Qué? —exclamó esta, aturdida por las palabras, la música, el alcohol.

—¡Que te vengas conmigo! —gritó Ainhoa, y tiró de ella separándola de la barra.

Mareada, caminando a trompicones, Estefanía vio alejarse la cara de Sandra como si flotara en mitad del espacio exterior; luego vio la de Gema orbitando alrededor de su vaso de mojito y su mano saludándola con una parsimonia de astronauta. El siguiente punto de referencia en su viaje interestelar fue una baliza luminosa que señalaba su destino: la rutilante frente con brillos del falso bombero Roberto. Su amiga Ainhoa la plantó delante de él y, dándole un pellizco en el culo, le chilló en el oído:

—¡Tía, me ha dicho que le gustas mucho! Esto está hecho. ¡Fóllatelo! En tu situación, no solo tienes derecho, sino que estás obligada por una directiva europea. ¡Chao!

La mano que la había remolcado hasta allí soltó su muñeca y ella se quedó de pronto inmóvil, acaso escorándose muy despacio hacia un lado, aunque no podría afirmar, sus sentidos funcionaban mal en gravedad cero. En las yemas de sus dedos notó frío bruscamente y al observárselas descubrió un gin-tonic sin empezar. El volumen de la copa alcanzó su cerebro un segundo más tarde, certificando unas formas abombadas y resbaladizas.

En su campo visual se inmiscuyó la sonrisa ufana de Alberto, demostrando que había sido cómplice de la encerrona de Ainhoa, tal vez su inductor.

—¡Es maja tu amiga! ¿Tú también juegas al pádel? —le preguntó él, y con una elaborada naturalidad se ras-trilló el pelo con una mano y en el mismo movimiento se la puso sobre el hombro.

Entonces, y aunque él no presionó, Estefanía sintió en su hombro una aguda quemazón que se transmitió a través de la clavícula hasta la base del cuello, donde se convirtió en dolor. Se recordó resbalando en el pasillo de su casa y golpeándose en la pared; se recordó huyendo con su ridículo equipaje en la mochila y regresando, aquella mañana, con una sensación de triunfo que apenas tardó unos minutos en degradarse hasta la humillación.

No se despidió de Roberto. Y cuando ya tocaba la puerta de salida del bar, después de abrirse camino entre la gente usando su codo como ariete, se dio cuenta de que tampoco se había despedido de ninguna de sus amigas. Pero estaba demasiado cerca de la calle para volver. Empujó la gruesa puerta y en sus oídos se hizo de repente el silencio. Se abrochó la cazadora hasta arriba. Por primera vez desde el invierno pasado, el vapor de la respiración se hacía visible en la atmósfera. Tuvo que llegar hasta la Castellana para encontrar un taxi.

El paseo y el aire fresco la habían despejado un poco. Se arrellanó en el asiento trasero, hundiendo el cuello entre los hombros, y se puso a mirar por la ventanilla dejando que sus pupilas se deslizaran por el paisaje. Su mareo había disminuido. El alcohol era un pausado oleaje de fondo que rompía blandamente sobre su piel y luego se retiraba mar adentro.

Mientras bordeaban velozmente la valla de El Retiro, Estefanía sacó su teléfono. Al abrir la aplicación de mensajes para escribir a Sandra, se encontró con que el profesor de Biología Molecular le había enviado uno hacía veinte minutos, poco después de haberla llamado. An-

tes de abrirlo, escribió a su amiga: *Me he ido del bar. Sola. Estaba muy cansada. No te preocupes, estoy bien. Mañana hablamos. Besos.* El coche se detuvo en un semáforo y ella levantó los ojos. El taxista, un veinteañero con una boscosa barba negra y un *piercing* en la ceja, la observaba sin disimulo desde el espejo retrovisor.

Cuando el semáforo se puso en verde, volvió a la pequeña pantalla que lucía en su mano y abrió el mensaje del profesor. Eran cuatro palabras: *Solo me interesa Cajal.* No decía nada más. A Estefanía se le escapó una exclamación indignada: ¿Ah, sí? ¿Solo le interesaba Cajal? ¿Solo le interesaba el manuscrito? Desde luego, no daba esa impresión mientras jadeaba junto a su nuca en los servicios de la cafetería-librería. ¿Solo Cajal? ¿Por eso la llamaba un sábado de madrugada?

Estefanía debió de murmurar alguna de estas preguntas, pues el joven taxista la observaba de nuevo en el retrovisor, sin quitarle apenas los ojos de encima, controlando de un vistazo el escaso tráfico que circulaba por las amplias avenidas de Madrid. Ella le aguantó la mirada y decidió echar por tierra cualquier esperanza que tuviera el chico de redondear su jornada nocturna con alguna peripecia sexual con una atractiva cliente borracha: «No me voy a acostar contigo, ¿de acuerdo? Olvídalo. Me dejas donde te he dicho, te pago y listo. Es fácil, ya verás». Él se revolvió en el asiento, frunció la frente —el *piercing* se ciñó desagradablemente al hueso de la sien— y llevó otra vez la atención al parabrisas.

No cruzaron ninguna frase más. Cuando se pararon frente a su portal, Estefanía le extendió un billete de vein-

te euros y no esperó a que le devolviera el cambio. Salió del taxi dando un portazo más flojo de lo que hubiera deseado. Tenía aún el teléfono en la mano y desbloqueó la pantalla. Enfadada por el mensaje de paz del profesor, que contenía un implícito desprecio, se obligó a no pensar y escribió: *Ab, hombre, muchas gracias! Muy caballero por tu parte.* Su dedo pulgar describió varios círculos dubitativos y después cayó sobre la pantalla, enviando el mensaje. ¿Se habría ido ya a dormir?

Una lucecita verde le anunció que el profesor estaba en línea, despierto, leyendo lo que ella acababa de escribirle. Con una autonomía de la que Estefanía se sorprendió, su pulgar cerró la aplicación de mensajes y marcó el número de *Fabio Biología*. Cuando recobró el dominio de sus actos, en su oreja estaba sonando el primer tono.

—Eh... Hola —dijo una voz interrogativa tras descolgar.

—Hola —replicó ella.

Ninguno mencionó el nombre del otro, pese a que la entonación del diálogo parecía exigirlo. Habían practicado sexo el día anterior pero la confianza entre ellos apenas había superado el trato de usted.

—Perdona por haberte llamado tan tarde, pero... —se excusó él. También había bebido, sin duda.

—¿Qué? —dijo Estefanía para ganar tiempo y recomponerse, porque la marea del alcohol volvía a subir dentro de ella y se notaba peligrosamente insegura.

—Que me interesa de verdad el manuscrito. Mucho. Eso era lo que quería decir con mi mensaje. Perdona si te ha molestado, abogada —pronunció el profesor con

mayor soltura—. Dile a tus clientes que estoy a su disposición, que puedo peritar el manuscrito, o lo que quieran. Me interesa enormemente.

—No hay ningún cliente. No soy abogada —confesó de seguido Estefanía, demasiado cansada para luchar contra la tendencia a la sinceridad que el alcohol le insuflaba—. Te mentí. Trabajo en una editorial, una editorial literaria, y ese manuscrito ha llegado por casualidad a mis manos. No sé por qué pensé que era una buena idea no decirte la verdad, inventarme la historia de que era abogada y acudía a ti de parte de unos clientes. Te pido perdón.

—Oh. Entiendo, entiendo. —Casi podía escuchársele a él forcejear también con la ebriedad—. Mi comportamiento tampoco fue el más... adecuado. Perdona.

Una ráfaga de viento arrojó un remolino de hojas de acacia a los pies de Estefanía y ella se acercó al portal y se tentó la ropa buscando las llaves. Tuvo la sensación de que se estaba acatarrando en ese instante, y que quedarse un minuto más expuesta a aquel frío significaría pasarse varios días en cama.

—Sigo queriendo saber qué podemos hacer con el manuscrito —dijo ella, con la espalda apoyada en la puerta y una mano apretándose el cuello de la cazadora.

—Claro. Pero para ello necesitaría echarle otro vistazo. Al natural, si puede ser, no en fotos o escaneados. ¿Te parece bien, Estefanía?

—Sí —contestó, convenciéndose de que era una mínima victoria no emplear el nombre de él—. Hablamos otro día, entonces.

—Vale. Yo ahora estoy fuera de Madrid pero regreso el lunes. Cuando tú quieras.

—Bien. Adiós... Fabio.

—Adiós.

Accionó la cerradura negando con la cabeza. ¿Es que era incapaz de mostrarse fuerte ante un hombre con el que se había acostado? Para entrar en calor, no cogió el ascensor y subió por las escaleras.

La quietud que la envolvió al entrar en su piso tenía la insoportable textura del miedo, miedo otra vez al espacio vacío, sin Javier. Ni siquiera halló el consuelo del olor de su colonia en el ambiente, que buscó aspirando furiosamente por la nariz. Con un manotazo desesperado, encendió la luz de la entrada y también la del pasillo. Pero el problema no era la oscuridad sino aquel silencio sin eco, que llenaba las habitaciones como una densa gelatina en la que costaba desplazarse y respirar. Había creído que el alcohol mitigaría esta asfixia, había salido con sus amigas para eso, y ahora se sentía estafada y sin otra alternativa a la que recurrir. Aunque quizá sí había una cosa que podía calmarla...

Se desabrochó la cazadora mientras caminaba a grandes zancadas hasta su despacho. Encendió la luz. Tiró la cazadora sobre la mesa de cristal y se descalzó las bailarinas pisándose un pie con el otro. La silla continuaba junto a la librería, donde la había dejado por la tarde, y Estefanía se subió a ella. Su cabeza hizo girar súbitamente la habitación y tuvo que agarrarse a un estante para no caer. Cuidado, se dijo, estás borracha, Estefi.

Antes no había colocado los libros en su lugar y la caja roja seguía a la vista. Quitó la tapa y cogió aire con los

párpados entornados: vainilla, cuero y la punzada picante del polvo. Metió una mano en la caja. Palpó hasta encontrar el canto de la vieja carpeta. Cuando la sacó, el haz halógeno que alumbraba su mesa resbaló por el poroso cartón y encuadró una palabra escrita a lápiz, muy pálida, en francés: *Histologie*. Aunque originalmente la carpeta se cerraba con dos gomas, estas ya no existían, habían quedado desintegradas por el tiempo, por las décadas transcurridas. Levantó con un dedo la cubierta de la carpeta. Pero entonces una de las esquinas, al abatirse, tropezó con su barbilla y ella de modo reflejo echó el cuello hacia atrás y como consecuencia perdió el equilibrio.

Estefanía se precipitó desde lo alto de la silla, braceando frenéticamente y emitiendo un gemido ronco que ella misma oyó como si fuera de otra persona. La carpeta del manuscrito salió volando hacia el techo. Su cuerpo cayó vencido hacia un lado, de manera que sus talones tocaron el parqué casi al mismo tiempo que su cabeza se golpeaba contra la mesa de cristal, con la inconmensurable suerte de que su cazadora amortiguó el impacto.

Cuando quedó tendida en el suelo, inconsciente y con un hilillo de sangre brotando de su frente, empezaron a caer sobre ella, balanceándose como una liviana hojarasca, las cuartillas sueltas del manuscrito de Ramón y Cajal. Estaban cubiertas de una tortuosa letra aguada y muchas tenían complejos dibujos de estructuras microscópicas. La última le tapó parcialmente la boca. Durante horas, su aliento la estuvo empujando y atrayendo.